

Vida de un héroe solitario

PATRICK DEVILLE, *Peste & Cólera*, Anagrama, Barcelona 2014. 236 págs., ISBN: 978 84 339 7887 5

Fátima Uríbarri

Periodista

Alexandre Yersin (1863-1943), descubridor del bacilo de la peste, era un hombre adusto, escrupuloso, estudioso..., muy suizo. Y fue al mismo tiempo explorador, aventurero, capaz de dar vuelcos asombrosos a su vida, cualidades quizás chocantes en un científico serio, pasteuriano, de sobria levita negra y pocas sonrisas. Puede parecer paradójico que este hombre de profundos ojos azules y fibrosa delgadez se acompañara en su vida del catalejo, el microscopio, la jeringuilla, el telescopio y también del fusil, la canoa y el cuchillo de campaña. Y sin embargo no es tan extraño su perfil. Así fueron muchos descubridores: de parajes lejanos o de microbios letales. Así era también uno de los ídolos de Yersin, el británico David Livingstone, misionero, médico y explorador.

Qué atractivos son para la literatura este tipo de personajes, hombres de curiosidad insaciable y tenacidad invencible que salvaron difíciles obstáculos en la terca búsqueda de su objetivo, ya

fuera desbrozar una selva tupida para trazar una senda y acceder a lugares inexplorados, ya fuera invertir miles de horas de laboratorio, en una labor más arriesgada que la del domador de circo que penetra en la jaula de las fieras, pues muchos investigadores convivieron con gérmenes mortales mucho menos vistosos que los leones pero mucho más peligrosos y letales. Alexandre Yersin, nacido en el cantón suizo de Vaud, pero nacionalizado francés, es uno de estos héroes del microscopio.

Sus muchas facetas, sus aventuras, sus proezas científicas hacen de él un personaje interesante, novelesco, y sin embargo *Peste & Cólera* el libro que protagoniza, no es una novela. Es una biografía relatada, trezada con saltos en el tiempo y con paralelismos con las andanzas de personajes de su tiempo como el poeta Arthur Rimbaud, o el explorador David Livingstone. Quizás Patrick Deville (Saint Brévin, Francia, 1957), autor de *Peste & Cólera*, fuerza un poco la máquina con el balance que reali-

za entre Yersin y Rimbaud: cierto que ambos prefirieron lo exótico, los continentes inexplorados, pero pocos lazos más unen a ambos.

A pesar de que no cuaje el paralelismo rimbaudiano, las constantes referencias a coetáneos de Yersin, a los decisivos acontecimientos que le tocó vivir a este gran hombre que no es conocido por el gran público, no entorpecen el relato sino que enriquecen, incluso divierten. Son brisa fresca en una historia muy pulida, de una escritura precisa, de frases cortas, de acertados flashes descriptivos, de alambicada estructura con idas y venidas en el tiempo y con la presencia fantasmal del propio Patrick Deville, que se cuela en las páginas de *Peste & Cólera* como también lo hace (aunque de un modo más abierto) Emmanuel Carrère en su maravillosa e híbrida biografía de Eduard Limónov.

Los aciertos de *Peste & Cólera* son muchos. El primero, el estilo. Abundan las imágenes proyectadas por la prosa concisa y breve. Lo que parece más fácil, es lo más difícil. Otro acierto es la estructura. No es una narración lineal. Los hechos se recolocan como cuando se barajan los naipes, pero no se embarullan. Y otra gran virtud de *Peste & Cólera* es el protagonista. Descubres que hay vidas tan prolíficas que acabas preguntándote

qué estás haciendo con la tuya: Yersin, discípulo de Louis Pasteur, protagonista de un descubrimiento crucial para el devenir de la humanidad, también abrió nuevas rutas, a machetazos, en Indochina; tuvo una etapa marinera, fundó un hospital, llevó el caucho y el árbol de la quinina al actual Vietnam.

A pesar de la faceta aventurera no es esta una novela de veloces galopadas, ritmo frenético, balaceras... No fue Yersin un Indiana Jones de la ciencia en ese sentido. Fue un suizo lacónico, callado, amigo de la soledad, adicto del estudio que, sin embargo, se negó a recluirse en un laboratorio. Los pasteurianos lo intentaron reclutar en varias ocasiones, pero acabaron rindiéndose ante su empecinada vocación de verso libre, de hombre imantado por la exploración de terrenos inhóspitos.

Tras su exitoso paso por el Instituto del chamán Louis Pasteur, con su descubrimiento de una toxina diftérica y el logro de una tuberculosis experimental en un conejo, Yersin se obcecó en marcharse lejos. Lo hizo. Durante dos años trabajó como médico en las Mensajerías Marítimas a bordo de barcos que hacían la línea Manila-Haiphong. Así es como descubrió Nha Trang, un paraje que le deslumbró por su exotismo, su

ignota vegetación, sus montañas brumosas.

Su experiencia de cabotaje por el mar de China alimenta su hambre de conocimiento. Aprende a manejar el sextante, estudia geodesia, astronomía, prepara su porvenir de cartógrafo y explorador, de hombre puro, ajeno a la economía y a la política, una tendencia que mantuvo toda su vida.

De todo se cansa Yersin. Dos años de cabotaje, suficiente. Se apea del barco para atravesar la cordillera y alcanzar el otro lado del río Mekong y abrir una nueva ruta. Lo hace, como todo lo que se propone. Va acompañado de cinco hombres, algunos caballos y dos elefantes. «Siempre adelante, por territorios innombrados, hacia tribus violentas que no tienen violines ni alejandrinos», escribe Patrick Deville con prosa cristalina.

En piragua se deja llevar Yersin por la corriente del inmenso río Jade. Hasta que se convierte en el primer viajero en comunicar por vía terrestre la costa de Annam con Kampuchea. Y nunca olvida su amor por el progreso, viaja con un nuevo cronómetro Vacheron, un electrómetro, y varios termómetros: lo estudia todo. Durante dos años trabaja como explorador y agrimensor a sueldo del gobernador general. Abre nuevas

vías comerciales; inventaría las riquezas forestales y minerales; penetra en la antigua civilización Champa; descubre la meseta de Lang Bian, donde se funda Dalat, una ciudad que tendrá su hospital y un instituto con el nombre de Yersin; es atacado por el fiero Thouk, un temido bandolero; se adentra a conocer a los *sedangs*... Pura aventura.

Pero la ciencia le llama de nuevo, y el destino se pone de su lado. La peste se expande. Es un ogro poderoso que sólo en el siglo XIV se llevó por delante 25 millones de vidas. En Hong Kong los ingleses proporcionan todos los medios al médico japonés Shisabasaburo Kitasato. A Yersin no le dejan analizar los cadáveres, custodiados por soldados ingleses. Pero tiene un hábil aliado, el padre Viganò, un sacerdote italiano y espabilado que le consigue a Yersin una choza a modo de rudimentario laboratorio y que unta a los guardianes de la morgue para que distraigan cadáveres para el microscopio de Yersin. La fortuna se ha aliado con este singular equipo de rígido investigador luterano y astuto sacerdote católico: como Yersin no tiene estufa en su humilde choza, a él le resulta visible lo que a Kitasato se le oculta. Hay que sumar, claro, la intuición de Yersin, que es quien decide escru-

tar lo que hay en los bubones. Se topa con «un verdadero puré de microbios, todos parecidos. Son pequeños bastoncillos rechonchos con las extremidades redondeadas», cuenta Patrick Deville. Es la bacteria *yersinia pestis*, la prueba perdurable de la existencia (crucial) de Alexandre Yersin.

Kitasato analizaba sangre y órganos y se calentaba con una estufa. Yersin hurgaba en los bubones de cadáveres clandestinos. Bingo para el menos favorecido por el favoritismo del poder.

Yersin publica su hallazgo en un artículo de *Annales de L'Institut Pasteur*. La gloria. La Legión de Honor cuando –apunta irónico y sabio Patrick Deville– esta gloriosa condecoración no se otorgaba a los futbolistas.

No sólo reconoció al bicho, también intuyó el papel de las ratas en la propagación de la enfermedad y fue el primer médico en salvar a un apestado: inoculó la cura a un joven seminarista católico.

Pero a Yersin no le van los oropeles. De nuevo cambia de tercio. Se zambulle en la agronomía y la química. Inventa una especie de Coca-Cola, un concentrado líquido al que llama Cola-Canela elaborado con la planta de la cocaína, y aconseja «tómese un centímetro cúbico y medio, aproximadamen-

te, en un vaso con agua azucarada cuando se sienta fatigado». Visionario Yersin.

Trabajador siempre, se lanza sobre el tabaco, la yuca, las orquídeas, vende suero contra la peste bovina, se le ocurre plantar quinina en Vietnam y estudia con fervor la tierra, la pluviometría, el clima... Hasta que da con un lugar apropiado para la quinina. La planta. Lo consigue de nuevo, como había hecho antes con el caucho, porque el progreso también le interesa y le entusiasman los automóviles, que utilizan ruedas, que necesitan caucho... La quinina, las granjas, el caucho, gana mucho dinero Yersin. Podría haber ganado muchísimo más, pero la ganancia le llueve de rebote, no como primer objetivo. Él trabaja, explica Patrick Deville, «con la minuciosidad de un entomólogo y la desmesura de los constructores de imperios».

Fue especialista en agronomía tropical, bacteriólogo, etnólogo, fotógrafo, metereólogo, constructor de carreteras, matemático, físico... «Un hombre de sabiduría griega que entre los cuatro pilares escoge el pórtico y el jardín antes que el Liceo o la Academia», así define Patrick Deville a Yersin, el nombre que perdura en *yersinia pestis* y en los letreros de calles de Nha Trang, su paraíso, el lugar que no le olvida mientras Occi-

dente recuerda a otros contemporáneos suyos como Goodyear, Renault...

Peste & Cólera es un viaje raudo y colorista a una vida singular, la de un «anacoreta, un genio, un auténtico extravagante», apunta Deville. Si una vida es interesante y está narrada con buena literatura, la lectura es un placer. *Peste & Cólera*, coleccionista de premios (Prix des Prix 2012, Prix Femina, Prix FNAC) lo es.

Demuestra Patrick Deville que su particular manera de escribir sobre la Historia Colonial es atractiva. Como a Yersin, a Deville le atrae lo lejano, ha vivido en Cuba, Nicaragua y Uruguay, ha viajado por Oriente Medio, Marruecos y Argelia, y ha plasmado esta experiencia en *Pura vida*, *Equatoria*, *Kampuchéa*, libros en los que, como en *Peste & Cólera*, se trasluce el calor pegajoso de los trópicos y ese halo de aventura tan apetecible para una buena lectura. ■